

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria* del proletariado.

Karl Marx

Pablo González Casanova

Relaciones de explotación e ideologías socialistas

¿De qué socialismo hablamos hoy? ¿De qué marxismo? Las diferencias ya no son puramente de clase. Las ideologías ya no pueden sólo precisarse por posiciones de clase. La conciencia y la voluntad del pensamiento socialista contemporáneo operan en una realidad cuyas diferencias son abismales. Cada categoría objetiva tiene importancia: el sistema social, la estructura, el Estado, la Civilización. Cada una corresponde a luchas decisivas, entre países socialistas y capitalistas, entre fuerzas imperialistas y de liberación, entre dictaduras y democracias, entre enajenación y revolución cultural. Unas y otras se distinguen y montan, dialogando, tribalizándose, chocando. La conciencia y voluntad del pensamiento socialista varían en prioridades y condicionamientos. ¿Qué luchas dar y cómo darlas, dónde, cuándo? Los factores subjetivos son distintos según los sistemas sociales -capitalista y socialista-, según la conformación de estructuras dentro de un mismo sistema -como en el centro o la periferia del imperialismo-, según el Estado y su naturaleza protosocialista, socialista, imperialista, "dependiente", según la fuerza o ausencia de libertades formales, sistemas institucionales y políticos, o según la civilización y sus metáforas, por ejemplo las de Europa o las de China.

La universalización del pensamiento socialista y marxista no es una Babel, pero sus desemejanzas son considerablemente más complejas que las de un tiempo y un espacio reducidos, como en los primeros años. En la Tierra de Fuego dos hombres pueden silbar "La Internacional" en una misma cárcel y no entender una palabra de sus respectivos idiomas. Si los entendieran ahondarían simpatías y diferencias. ¿Cómo? ¿Con qué referencia que constituya un punto de apoyo? Tal vez buscando la historia y la geografía de la relación esencial: de la relación de explotación.

En sus orígenes el socialismo más avanzado apareció con el marxismo. Marx hizo sus planteamientos pioneros desde Europa. Los hizo antes de cualquier foro parlamentario con diputados y partidos obreros, de las socialdemocracias con gobiernos laboristas en países burgueses, de las democracias populares y los Estados socialistas con gobiernos comunistas en uno, dos, tres países de muchísimas lenguas.

Desde hace más de un siglo descubrió Marx algunas leyes de ese inmenso movimiento histórico conocido hoy como "marxismo". Éste empezó a cambiarlas, unas como estaba previsto, otras en forma inusitada, como si se rehiciera y desplazara la relación esencial, la "relación social determinada".

Hasta hoy la explotación no ha desaparecido en la mayor parte del mundo. Sigue siendo válida para explicar mucho de lo que pasa en el mundo actual, incluso en aquéllos países donde ha sido "reformada" y "sobre-determinada", o donde ha sido eliminada. Lo que es más, *la relación* sigue siendo la base para entender qué pasa. No explica todo, pero sí lo principal.

En la Europa de mediados del siglo XIX Marx hizo un descubrimiento que cambió el curso de la historia. Puso en el centro de su investigación *las relaciones*, en vez de los *sujetos y objetos* característicos del pensamiento idealista que lo precedió. De las relaciones destacó una: la relación de explotación, directamente ligada a la de propiedad de los medios que sirven para producir. La encontró en distintos modos de producción: asalariada en el capitalismo, servil en el feudalismo, esclava en el mediterráneo grecorromano, despótica y aldeana en la antigua Asia.

La conciencia y la voluntad del socialismo más exacta y sólida apareció con la "relación de explotación" y más directamente con la "relación capitalista" que se da en la fábrica, en la empresa productiva con su propietario y su proletario. El pensamiento y la voluntad del proletariado revolucionario se forjaron como manifestación de esa relación que sorprendió a la inteligencia hegeliana y fáustica, bastante juvenil, arrastrándola con su filosofía a la fábrica, en busca del proletariado, motor interminable de la dialéctica, superior a la Idea o al Estado, siempre determinando mundo e historia como sujeto liberador de una relación.

Con la "relación de explotación", Marx no sólo descubrió la historia del capitalismo, sino lo que llamó la "prehistoria del hombre", así como la posibilidad de que el hombre produjera su historia. Su análisis desentraña la esencia de toda dominación conocida hasta entonces, y la vigente. Su método no sólo influyó en el proletariado sino en todas las clases. Desde entonces el hombre, proletario o burgués, produjo su historia de manera más consciente y pre- vista. Nació una nueva política de reformas y revoluciones. Aquélla ya no se pareció a la prehistórica. Ésta no fue todavía la histórica.

Tras los primeros embates de la clase obrera en 1848 y 1871 apareció un complejo sistema de mediaciones múltiples, destinadas a desplazar y reformular la relación de explotación. Las clases dominantes fortalecieron sus posiciones, a la defensiva. En los países industrialmente más avanzados

revelaron tener márgenes de libertad mayores a los esperados. Con instintos y modelos, con medidas de negocios y gobiernos, lograron transferir la explotación máxima sobre las poblaciones menos organizadas, sometidas. Apareció la *evolución*.

Poco después de la Comuna, los colonialismos antiguos y modernos establecieron una creciente división entre países imperialistas y colonias. Acentuaron las divisiones entre ciudad y campo, con zonas diferenciales de dominación y extracción del excedente. En las distintas regiones del mundo dominado la empresa capitalista logró imponer *tasas variables* de explotación, que cambiaron en cada empresa o tipo de empresa. Nació la *optimización* tecnológica y productiva. Aparecieron *los estratos* sociales y ocupacionales, y la *movilidad* o desplazamiento de unos estratos a otros.

Desde entonces el sistema capitalista se reestructura. Sus ciencias sociales también: evolucionistas, tipológicas, funcionalistas. Las políticas del excedente se afinan para aumentar a la vez tasas de acumulación y seguridad del capital, así como para extorsionar y explotar sólo a los más débiles, ofreciendo mejorar su suerte con *las Reformas y la Civilización*. Ambas provocan efectos reales y demagógicos.

Los trabajadores metropolitanos se mueven entre estructuras crecientemente variadas que les hacen perder objetivamente su identidad de "clase universal revolucionaria", en sectores y periodos considerables.

La reestructuración del sistema capitalista busca alejar -en tiempo y espacio- la posibilidad de que la clase trabajadora constituya una alternativa viable capaz de construir un nuevo sistema mundial. Logra más éxito del deseado. Lo proyecta. Lo ofrece para siempre. Promete lo que no puede: la civilización con clases sociales. Pero ahí están los hechos, eso es innegable. Florece la *explotación relativa* -tecnológica y empresarial, organizada- y se combina con la *explotación absoluta* fingiendo que ésta desaparecerá con sus característicos efectos de hambre, insalubridad y humillaciones del explotado. Es la contradicción del progreso lucrativo, de la tecnología y el conocimiento al servicio del negocio, de la reforma limitada en sistemas y áreas, sujeta siempre a la acumulación de capital. No cabe duda, los bastiones del capitalismo se consolidan. Grandes núcleos y capas de trabajadores (a nivel internacional e interno) se benefician en formas corporativas de la nueva política sindical y de ascensos. Las concesiones diferenciales que reciben cambian su conciencia y conducta. Los trabajadores metropolitanos no harán *primero* la revolución socialista.

Tanto la geografía "dependiente" de la explotación inmediata y absoluta, como la geografía dominante de la explotación mediatizada y relativa se diversifican en formas parcialmente controlables por las burguesías y los Estados que las apoyan. En Asia, África y América Latina se concentran los fenómenos de sobreexplotación. En ellos y en algunos puntos de la Europa más atrasada y sometida se concentra la inmensa mayoría de los trabajadores explotados. En el interior de esas regiones y países emerge también un movimiento y una política de estratificación y movilidad ocupacional y social, individual y corporativa, que repite los procesos de fortalecimiento de las burguesías y los combina con formas de opresión y explotación tradicionales a la usanza colonial. Las burguesías coloniales hacen sus propios bastiones, aunque más débiles que los metropolitanos, y generalmente más represivos.

La reestructuración del mundo capitalista altera por todas partes la conciencia y la voluntad de muchas fuerzas potencialmente socialistas, sobre todo conforme prosperan los triunfos parciales de éstas. La voluntad de lucha contra las relaciones de explotación se vuelve relativa, se mediatiza. La explotación mediatizada y relativa no corresponde a la misma práctica y praxis que la inmediata y absoluta. La esencia del sistema capitalista -su esencia explotadora- se aleja y esfuma como problema cotidiano de los trabajadores en países y ambientes de privilegio. La contradicción entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de explotación resulta en parte regulada. Las clases dominantes logran atenuarla precisamente donde más crecen las fuerzas productivas y donde más fuerza, conciencia y voluntad revelan los trabajadores para revolucionar el sistema.

El capitalismo consigue transformar las estructuras de la relación de explotación para que la práctica de lucha de los núcleos más poderosos de trabajadores industriales derive en la negociación y la reforma a las estructuras del sistema dominante. Cambia la estructura de la praxis obrera en puntos vitales, en lugares y empresas estratégicos para el sistema. La política diaria, corporativa y nacional, se desliga de la política revolucionaria e internacional de la clase obrera. La conciencia y voluntad de *lucha contra las estructuras de la explotación* se antepone a la conciencia y voluntad de *lucha contra el sistema de explotación, contra el sistema capitalista*. Ello ocurre sobre todo en las regiones más desarrolladas, donde la fuerza obrera es mayor; en ellas la teoría y la práctica se alteran con las estructuras de la explotación, permitiendo que se reproduzca y extienda el sistema de explotación.

En todas las regiones avanzadas del mundo capitalista, en todos los centros imperialistas, la mayoría de los trabajadores organizados dejan de plantearse la lucha por el socialismo como práctica de lucha contra la explotación absoluta.

Durante un periodo histórico considerable la revolución socialista se desplaza a la periferia del mundo capitalista, a sus "eslabones" dependientes y coloniales. La revolución socialista se tiene que hacer en peores condiciones de las previstas, en la periferia del mundo. Se hace, desde la última Europa, en el imperio de los zares, hasta Vietnam, pasando por China y Cuba.

Capitalismo y socialismo son distintos de las previsiones científicas de los proyectos originales de lucha. Las fuerzas socialistas encuentran obstáculos y sufren derrotas en Europa, donde esperaban sus primeras victorias. La mayoría de sus bases se vuelven reformistas, revisionistas, socialdemócratas, eurocomunistas. Sus nuevos proyectos discrepan de los originales, incluso los revolucionarios, y en todo caso siempre revelan una conciencia y una voluntad desligadas de la práctica de lucha contra la explotación absoluta, sólo percibida en abstracciones concretas difíciles de asir, ajenas al propio trabajo, fugaces y distantes hasta para los filósofos y grupos más radicales. Éstos no pueden sostenerlos todo el tiempo, ni con toda la clase. Están sujetos a la dialéctica de los triunfos reformistas y a las reformas que aceleran las clases dominantes ante los triunfos revolucionarios de otras partes del mundo.

La revolución socialista constituye un movimiento ascendente. Desde 1917, *las relaciones de explotación dejan de existir* en vastas regiones donde desaparece la propiedad privada de los medios de producción. Más de la tercera parte de la humanidad vive hoy en países socialistas o de transición al socialismo. Las relaciones de explotación, las "relaciones capitalistas" desaparecen en la mayoría de esos países, y en otros tienden a desaparecer. Los triunfos alcanzados son innegables en lo que se refiere a la esencia del problema, la relación de explotación. Sólo que esos triunfos también encierran una dialéctica, tal vez más compleja. Por razones completamente distintas a las de los países capitalistas avanzados, metropolitanos, en el mundo socialista cesa la praxis de la explotación. Los problemas que viven sus trabajadores y sus ideólogos ya no son los de la explotación, ya no son los del carácter social de la producción y la apropiación del excedente por los propietarios privados de los medios de producción. Son otros.

En los países socialistas la lucha de clases subsiste en grados distintos. En los más antiguos -como la URSS- tiende a ser un fenómeno sólo externo, en otros como Vietnam sigue siendo también un problema central de lucha interna contra los remanentes de la derrocada burguesía colonial y nativa. Pero en ninguno aparece la relación de explotación como praxis directa y esencial del trabajador en el trabajo, en la forja del nuevo Estado y los nuevos sistemas de gobierno. Por lo demás, en las primeras

etapas de transición al socialismo, la relación de explotación es un objetivo a destruir del que se ocupan los trabajadores como parte de las fuerzas del nuevo Estado, y con el apoyo de las nuevas leyes. Se constituye una lucha para que desaparezca la categoría social derrotada, como categoría interna. Lograda su desaparición, todos los trabajadores dejan de sufrir la explotación, absoluta o relativa. Los problemas que tienen como productores, como trabajadores o como hombres, sus problemas cotidianos, o se relacionan con los sistemas de estratificación y movilidad social y ocupacional característicos de los nuevos Estados, o se relacionan con los problemas de poder y dominación en la fábrica y el Estado.

El pensamiento, sin la praxis, se aparta del concepto, se vuelve en otras direcciones, a menudo pretende aplicarlo tal cual, desesperadamente, a todo lo nuevo.

Las relaciones de explotación siguen explicando muchos de los problemas más significativos del mundo actual. Afectan en lo inmediato a las dos terceras partes de la humanidad. Repercuten indirectamente sobre muchos de los problemas del mundo imperialista y del socialista. El imperialismo sería incomprensible sin la relación de explotación que los monopolios han reformulado a costa de los trabajadores coloniales, dependientes, migrantes, descalificados. El marxismo tiene plena validez al finalizar el siglo XX para desentrañar muchos de los problemas que desentrañó en el XIX. Las *relaciones* y no los *sujetos* u *objetos* fundantes siguen siendo la esencia de cualquier método de análisis científico. Sólo que la relación de explotación presenta hoy por lo menos tres cambios significativos: el predominio de la explotación relativa en las zonas metropolitanas de los países imperialistas y su presencia en algunos de los periféricos y dependientes; la desaparición de la explotación absoluta y relativa en los países socialistas, conforme se realiza la socialización de los medios de producción; y el promedio de la explotación absoluta en que vive la mayoría de la población trabajadora de los países dependientes, e incluso la de algunas zonas deprimidas de los países metropolitanos. Esos cambios en la explotación implican otros en la sociedad y la política.

En todo el mundo -capitalista y socialista- hay una conciencia y una práctica de lucha que está inserta en mediaciones sociales y políticas. Unas y otras no pueden ser ignoradas. Tampoco pueden ser identificadas con las relaciones de explotación sin afectar seriamente el concepto exacto de clases sociales. Pero con esta precaución es indispensable tomarlas en cuenta para saber lo que pasa. Los sistemas de *estratificación* y *movilidad* del mundo capitalista son fundamentales para especificar el carácter vario de la lucha de clases. Representan las mediaciones sociales de esta lucha. Son

consecuencia de la reformulación mundial e interna de las relaciones de explotación absoluta y relativa.

Los sistemas de estratificación y movilidad del mundo socialista son esenciales para comprender muchos nuevos problemas del mundo socialista y de la transición al socialismo. En ningún caso se trata de clases. En el mundo capitalista estratificación y movilidad operan en una sociedad dominada en sus funciones económicas principales por los propietarios de los medios de producción. En el mundo socialista, una estratificación considerablemente menos desigual y una movilidad social, ocupacional y educacional considerablemente mayor operan en una sociedad dominada en sus funciones económicas principales por los trabajadores y su Estado. Es éste, con los estratos superiores directivos y profesionales y sus burocracias, el que plantea los nuevos problemas.

Sin olvidar las relaciones de explotación como la esencia del mundo contemporáneo y de la lucha por el socialismo, la estratificación y la movilidad social, así como los distintos fenómenos de mediación política en el mundo capitalista y en el socialista son fundamentales para la comprensión y transformación de la sociedad, para la lucha contra las estructuras y sistemas de explotación en el capitalismo, y por formas más avanzadas en el socialismo.

La historia real de las mediaciones políticas ha influido para alejar aun más la relación de explotación de la praxis de grandes conglomerados humanos. Las mediaciones políticas se encuentran también en la base de una conciencia y una voluntad en que la relación de explotación ha sido mediatizada.

En el mundo capitalista el incremento de la productividad y la transferencia de excedentes a favor de los países y empresas imperialistas han permitido a sus clases dominantes un mayor juego político, sobre todo durante periodos de auge de la economía, pero también en los de crisis. Desde el último tercio del siglo XIX hasta nuestros días, en las zonas dominadas por el imperialismo se impuso una mediación política también destinada a alterar la conciencia y la voluntad de los trabajadores que amenazaban con acciones peligrosamente revolucionarias. Se constituyeron regímenes o sistemas políticos, libertades formales y regímenes jurídicos que legalizaron la lucha sindical, la socialista, la socialdemócrata y la comunista. Muchos Estados se fortalecieron con políticas socialdemócratas y keynesianas de intervención del Estado, destinadas a mantener y hacer efectivos esos derechos en un capitalismo avanzado, general mente imperialista. En algunos países de la periferia dependiente el fenómeno llegó a repetirse a escalas menores, a veces sólo limitadas a pequeñas regiones urbanas. En todo caso también en ellos alteró la voluntad y la conciencia, por lo menos de una parte

estratégicamente significativa de los trabajadores y los ideólogos. Una parte importante de su población trabajadora -en contraste violento con el resto- logró la lucha legal de sindicatos y partidos. Las contradicciones más potentes provocaron tal vez más polémicas. Pero las mediaciones tuvieron efecto. Muchos de estos países ya no pudieron ser caracterizados como la Rusia de los zares.

Los sistemas de mediación jurídico-política, con sus libertades formales y sociales, fueron producto de las propias luchas de los trabajadores. También fueron freno de sus ímpetus revolucionarios. Reapareció como siempre la dialéctica del triunfo, aquella que las fuerzas dominantes más avanzadas aplicaron, como nunca antes lo habían hecho, para rehacer estructuras, prácticas e interpretaciones.

En los países metropolitanos y en algunos periféricos, las luchas políticas institucionales se convirtieron en el problema teórico y práctico central, prioritario. El objetivo de alcanzar un Estado respetuoso de las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores, económicamente capaz de combinar su apoyo a los monopolios con las prestaciones a los obreros, se volvió eje de lucha para la mayor parte de las fuerzas obreras organizadas. Los principales movimientos socialistas se dedicaron a reclamar un status científico-práctico para los problemas de los regímenes jurídicos, de las libertades formales, de los sistemas políticos y sindicales. El problema de la lucha contra la explotación, a nivel político, se planteó como lucha por mejores condiciones en la legislación laboral, como participación en el Legislativo, e incluso en el Ejecutivo. El fenómeno se repitió cada vez que en esos países se impusieron dictaduras político-militares al servicio de las burguesías. Las fuerzas socialistas y otras democráticas reclamaron la vuelta de la legalidad, de la lucha partidaria y sindical.

Unas veces se luchó por los derechos y otras por recuperar los derechos_ En las dictaduras fascistas, desde Italia y Alemania, en los años treinta, hasta España, Grecia y Portugal, recientemente, la lucha por la democracia dentro del capitalismo fue objetivo central de grandes organizaciones obreras. La democracia dominó la conciencia y la voluntad práctica del proletariado. Y ello no sólo ocurrió en grandes regiones de los países industriales más avanzados del mundo capitalista, sino en muchos de la periferia dependiente, como hoy en Brasil, Chile, Argentina, Uruguay.

Sindicatos, partidos, coaliciones cupieron dentro de un proyecto de política socialdemócrata, unionista, laborista, negociadora, discutidora, reformista, limitada a los intereses corporativos en lo económico, partidaria de la democracia plural en lo político, y en ocasiones marxista-leninista sólo en lo discursivo, lo declarativo, lo simbólico. En muchos países del mundo capitalista el marxismo más

avanzado *tuvo* que plantear una política institucional de acumulación de fuerzas que implicó siempre concepciones y acciones de largo plazo. *El largo plazo* institucional se convirtió en una *necesidad* en que fácilmente se perdían los conceptos de explotación y poder. Si la explotación sólo apareció como estructura, el poder sólo se expresó como política. Cualquier esfuerzo teórico-práctico que intentara superar estos márgenes correspondió a grupos, tiempo y lugares limitados, en su mayoría herederos y renovadores de una cultura anarquista, inútil. La mayoría de las organizaciones obreras llegó a no ver ni el *sistema* de explotación, ni el sistema *de poder*. Más que contra la *dictadura social* se buscó luchar contra la *dictadura política*, dentro de regímenes legales y sistemas políticos, por su renovación, ampliación o recuperación.

La dialéctica de los triunfos resultó aún más compleja para las antiguas colonias y los países dependientes. Aunque en ellos las mediaciones políticas y parlamentarias fueron más frágiles, y la explotación más extendida y brutal, en los pequeños bastiones de "civilización" institucional se desarrolló un pensamiento menos preocupado por la explotación que por la democracia. Se dividieron así pensadores y trabajadores. Su necesaria unión derivó en *mediaciones necesarias* -sindicalistas y electorales- que en muchas ocasiones constituyeron la única posibilidad de triunfo. Con su dialéctica.

Entre los sistemas de mediación de los países dependientes destacaron otros dos más, el nacionalismo y el populismo. Aquel puso en un primer plano la cuestión del Estado, o de la independencia y autonomía del Estado frente al imperio, a menudo exigida por encima de las clases, esto es, en alianzas de clase dirigidas sin un proyecto simultáneo o combinado de cambio del sistema social capitalista por otro socialista. Esos proyectos exaltaron la necesidad del Estado, del propio Estado frente a la burguesía externa y su Estado. Con frecuencia no existió más alternativa progresista ni revolucionaria. Pero al optar con razón por ella y triunfar con ella, las fuerzas obreras y socialistas aliadas generaron procesos de estratificación y movilidad social y ocupacional que, ligados a los movimientos "populistas" -de exaltación de héroes, a veces también necesarios-, terminaron consolidando estructuras sociales y políticas neocapitalistas, frecuentemente autoritarias.

En todo caso, la lucha contra la explotación externa derivó en los países periféricos en la exaltación del poder del Estado nacional, en el desarrollo de burguesías locales urbanas y agrarias, y en núcleos obreros organizados con derechos y prestaciones relativamente mayores, cuya conciencia y voluntad se centraron en el apoyo a los movimientos populistas y democráticos dentro del sindicato alcanzado. Como la explotación absoluta y la sobreexplotación siguieron afectando a la inmensa mayoría de la

población, el recurso a la violencia fue frecuente, y el regreso a la dictadura siempre amenazador.

La teoría y la práctica política contra las relaciones de explotación fue mediada por el Estado-nacional, por las estratificaciones variadísimas de la sociedad dependiente -con sus etnias coloniales-, por los regímenes "populistas" y democráticos urbanos, por los sindicatos de punta locales, y por la violencia diferencial, efectiva y amenazadora. El Estado, y el régimen político-sindical, aparecieron en todo caso como sistemas de liberación y dominación de concesión y represión combinadas y extremas. Colocaron la conciencia y voluntad de los trabajadores estratificados y discriminados en posiciones oscilantes, con crisis radicales de negociación o insurrección. La estructura social y política de los "eslabones más débiles" resultó parecida a la de los países imperialistas, pero más inmediatamente violenta, generadora de prácticas y teorías potencialmente revolucionarias, cuando ligaban la lucha contra la explotación a la lucha contra la opresión. Tarea dificultada.

La fascinación del Estado y el poder, y el odio al Estado; el mito y la realidad del Estado benefactor y paternal, y la desmitificación del Estado en su triple carácter de mistificador engañoso, represor y corrompido, y esencialmente cómplice y autor de la explotación internacional e interna, llevaron a una enajenación y una conciencia más complejas que las europeas de mediados del siglo XIX, más próximas e íntimamente ligadas unas veces a la socialdemocracia y otras al leninismo, a veces sin saberlo, otras sin decirlo. En todo caso las fuerzas socialistas y proletarias de estos países fueron más impredecibles, e incontrolables para las clases dominantes. El excedente destinado a reformular las estructuras y a pagar el costo de las mediaciones fue siempre menor, las crisis más agudas.

El último recurso del Estado gobernante, el de los regímenes de excepción, de violencia y represión sistemática, estuvo siempre ligado en los países dependientes al régimen de explotación absoluta. Pero aun en medio de la expoliación, explotación y opresión máximas y mayoritarias, las nuevas dictaduras buscaron una política de estratificación y movilidad social, como en Brasil o Indonesia. La represión les sirvió para esclavizar a grandes masas superexplotadas y para aumentar la explotación relativa y absoluta del resto. No por ello dejaron de planear una política diferencial. Combinaron el terror selectivo con las concesiones selectivas, y sólo cuando unos y otros no funcionaron aplicaron el terror generalizado, indiscriminado. Al fracaso de éste su opción fue la "apertura", la "democratización regulada". Los trabajadores organizados y las capas medias de las ciudades generalmente optaron bajo las nuevas dictaduras por alianzas que buscan recuperar la vida democrática, interesante a ambos en lo económico y político. Sólo a lo largo de la lucha, o en el curso de varios procesos de lucha, sus alianzas

tienden a plantearse de otro modo: contra el sistema de explotación como base del sistema opresivo. El fracaso de las reformas a la opresión junto al fracaso de las reformas a la explotación, cambian sus objetivos hacia luchas contra el sistema, y cambian sus alianzas. Las capas medias y los obreros organizados se unen a las mayorías superexplotadas en proyectos revolucionarios -democráticos y antiimperialistas en sus inicios, socialistas en sus fines.

En los propios países opresivos y explotadores del mundo dependiente la lucha socialista se da a través de intensas opacidades. El socialismo revolucionario no siempre se extiende y organiza en formas transparentes, según podría esperarse de las condiciones objetivas de explotación generalizada. Y es que ésta también está mediada. No hay hoy capitalismo sin mediaciones. Las fuerzas socialistas no pueden combatirlo sin emplear esas mediaciones, sin llevarlas a puntos de ruptura en estrategias que saquen a flor sus contradicciones. Sólo que ello las obliga con frecuencia a acentuar en sus proclamas tan sólo la lucha reveladora, esto es, la lucha contra la dictadura y por la democracia, descuidando la definitiva contra el sistema de explotación y por el socialismo. En todo caso es en estos países, en medio de los cambios que han rehecho las estructuras, donde la explotación se sigue dando como la relación esencial objetiva y subjetiva, al filo de la acción revolucionaria.

La principal dialéctica de los triunfos ocurre donde éstos son mayores, en el interior de los países socialistas. Allí, conforme se consolidan, la única clase social que se desarrolla es la trabajadora. Difícilmente vuelve la burguesía a apoderarse de la situación, difícilmente vuelven a predominar en ellos los propietarios privados de los medios de producción. Los remanentes de la antigua burguesía no pueden reinstaurar el capitalismo. Incluso los acuerdos con empresas y mercados del mundo capitalista están lejos de reformular el sistema social para volverlo al capitalismo. Dentro de una sociedad mundial en que subsisten las clases sociales como base de los Estados, la clase trabajadora es la base social de los Estados socialistas y de todos los aparatos estatales, de su política interior y externa. Las relaciones de explotación quedan afuera, en el mundo capitalista.

La necesidad de enfrentar a organizaciones altamente complejas -como los Estados imperialistas-, la necesidad de desarrollar las propias fuerzas productivas, la necesidad de estímulos económicos y sociales a los productores intelectuales y manuales, junto con los remanentes de la civilización del poder -militar, productivo y político- y de las culturas de la dominación -estatal, gubernamental, fabril y campesina- colocan en un primer plano teórico-práctico la construcción del Estado y la producción. Los nuevos Estados de trabajadores, cercados por el imperialismo y sus burguesías, acaban en el

interior con las relaciones de explotación y capitalistas, o las reducen a posiciones marginales en la economía, pero no pueden acabar al mismo tiempo con todas las desigualdades y forma de dominación. Lo que es más, se ven obligados a políticas de estratificación social y ocupacional que con muchas menos diferencias y distancias que en el capitalismo mantienen sin embargo distancias y diferencias.

Todo esto es una verdad del sentido común, innegable, pero es también la ideología oficial, y una verdad a medias, empobrecedora de la dialéctica riquísima de los nuevos países. En ellos "el trabajador se libera de las relaciones de explotación de clase" pero enfrenta nuevos problemas. No logra de inmediato la "plena valorización de su personalidad". Los triunfos alcanzados: empleo para todos, casa para todos, educación para todos, servicios médicos para todos, generan nuevas demandas. Se logra la vida. Se pide una mejor calidad de la vida. Se acaban las relaciones de explotación; pero no todos los privilegios. Se lucha por ello y contra ellos. Sobre la base del trabajo manual e intelectual, de la mayor o menor responsabilidad en el trabajo, de la mayor o menor calificación y educación para el trabajo, los trabajadores y líderes exigen y obtienen ascensos, estímulos, privilegios relativos, y otros reclaman su existencia, proyectan una sociedad más móvil, más igualitaria, una cultura superior que se vuelva universal.

En esos países se lucha por un Estado fuerte, capaz de enfrentar a los Estados fuertes y agresivos del imperialismo, y se añora la desaparición del Estado postergada por *la historia real de la lucha de clases*. En la organización necesaria y en la disciplina necesaria se desentrañan formas burocráticas innecesarias y autoritarismos superables. Lo necesario y superable entra en lucha real e ideológica. Ello también ocurre a nivel internacional. La lucha de clases entre Estados socialistas e imperialistas revela contradicciones de la política de coexistencia pacífica o las relaciones diplomáticas, con la de apoyo a las fuerzas y los procesos revolucionarios. Sumadas las contradicciones entre la organización de la producción, la inversión y el consumo que dan privilegios relativos a los cuadros dirigentes frente a los consejos y bases obreras, a las de política interna e internacional, todas parecen desembocar en una nueva dialéctica con dos características principales: la relación de explotación ya no es el problema esencial y cotidiano de las nuevas sociedades, sobre todo conforme éstas generalizan la socialización de los medios de producción y eliminan del panorama a la burguesía como clase. Ésa es una característica. La otra consiste en una alternativa: justificar todas las medidas y acallar todos los problemas en nombre de una política de clase, con una lógica autoritaria formal -más que dialéctica y cargada de los nuevos contenidos sociales y políticos-, o enfrentar las nuevas luchas con dos

expedientes igualmente falsos, que la burocracia es una clase, o que el Estado es un mal *en si*, independientemente de todo análisis de clase. Las mediaciones políticas ocupan un lugar de privilegio; son hipertrofiadas.

La lógica del y sobre el Estado tiende a prevalecer por encima de la lógica original basada en las relaciones de explotación. Desaparecidas éstas, en el interior sólo resaltan las nuevas formas de la estratificación social, de la burocracia y el Estado.

Para el pensamiento apologético y para el pensamiento crítico, el Estado se convierte en tema central de comprensión y acción, de conciencia y voluntad, ya sea para justificar sus actos, ya para impugnarlos, en racionalizaciones o impugnaciones que abarcan los aspectos represivos, administrativos, económicos e ideológicos de cada Estado socialista.

La falta de un pensamiento teórico que comprenda los *sistemas políticos y la estratificación ocupacional*, por lo general considerados como categorías exclusivamente burguesas, o usados en investigaciones "sociológicas" que no los vinculan al análisis de clase, hacen del Estado el motivo central de la aprobación o la crítica. En el pensamiento apologético la clase obrera aparece como la única base de explicación del poder, sin que se reconozcan sus mediaciones reales, sociales y políticas. En el pensamiento crítico la clase obrera no aparece dominando las relaciones características de los nuevos sistemas políticos y de las nuevas formaciones con estratos sociales y ocupacionales. En busca de una "clase dominante" se declara clase a la burocracia de la administración y la producción. El concepto de clase lo determina todo o se pierde completamente.

El pensamiento oficial afirma con razón que el Estado es de los trabajadores -en un análisis de clase-, pero al no reconocer mediación alguna, social y política, no puede explicar la naturaleza de las nuevas contradicciones estructurales en el nuevo sistema social en que ha desaparecido la relación de explotación, la relación capitalista, y en que esas contradicciones son infinitamente más solubles que aquéllas. El pensamiento crítico convierte a veces a la burocracia en una nueva clase, y postula una rarísima lucha de clases; o bien, le da autonomía al Estado respecto a todas las clases, y reclama su desaparición fuera de cualquier concepto de clases. Lo que es más, una parte importante del pensamiento crítico se desentiende de la relación de explotación en su sentido genuino y altamente significativo para la comprensión del mundo actual, y depara que el verdadero problema son las relaciones de dominación -al margen de las clases-, llegando a considerar que las "relaciones de

explotación" sólo son importantes para la retórica oficial. E incluso en su lucha contra las nuevas formas de mediación política y social, no sólo llega a confundir dictadura social y dictadura política, sino a identificar la política de estratificación con la de "explotación", como si el móvil del nuevo Estado y sus burocracias fuera la producción de mercancías y plusvalías colectivas o públicas para burócratas y funcionarios, todo lo cual resulta muy poco serio para caracterizar la esencia del nuevo sistema de transición, del socialismo conocido. Lo que es indudable es que éste tiene una capacidad de mediaciones mucho mayor que la del capitalismo, y que se verá obligado a forjar en forma creciente mediaciones cada vez más democráticas, igualitarias, autónomas, en los centros de producción y servicios, en los sindicatos, el partido, las universidades, los consejos obreros y ciudadanos.

En el mundo actual no hay más alternativa que el socialismo. El socialismo real e ideal sigue siendo la única alternativa viable para acabar con la relación de explotación, con las miserias y desigualdades brutales, con el desorden de la producción, y con uno de los motivos más importantes de la opresión y las guerras: los negocios, el lucro, la maximización de utilidades. La alternativa al socialismo real será tanto más viable cuanto éste se fortalezca más frente al mundo capitalista y el imperialismo. Dentro de esas prioridades cabe perfectamente una política de nuevas medidas para aumentar la igualdad y la libertad del hombre socialista. Pero sólo con una lógica de poder que se fije como primer objetivo orgánico la eliminación universal de las relaciones de explotación.

En este último tercio del siglo xx el pensamiento socialista es universal; el gran movimiento filosófico-revolucionario conocido como marxismo es el primero en la historia del hombre que tiene características ecuménicas. En forma paradójica, ese pensamiento y ese movimiento se encuentran en crisis de conceptos, lenguajes y prioridades. La esencia misma del fenómeno que les ha permitido comprender y cambiar el mundo, las relaciones de explotación, por una causa u otra no siempre ocupa el lugar central y sistemático del análisis y la política, ni es motivo de especificaciones en la comprensión y el cambio de otras estructuras sociales y políticas que vinculadas a las relaciones de explotación desentrañen el movimiento concreto y vario de aquéllas, y la autonomía relativa de éstas como mediaciones sobre las que se puede y debe influir pero que sólo encuentran concreción cabal en un mundo donde las dos terceras partes de la humanidad siguen siendo explotadas por los propietarios privados de los medios de producción, en formas relativas y absolutas.

Es dentro de esta evolución de las relaciones de explotación en el mundo actual como puede precisarse y aclararse la variación de los factores subjetivos de la conciencia y la voluntad de las

fuerzas en lucha por el socialismo. Con un elemento complementario: que a partir de la reestructuración de las relaciones de explotación y de las combinaciones y especificidades varias que muestran con las relaciones de dominación, en las polémicas a que da lugar la comprensión y práctica de la lucha entre los partidarios del socialismo, se insertan necesariamente las fuerzas e ideólogos enemigos del socialismo. A la retórica de las discusiones entre socialistas se añade así la retórica del capitalismo sobre el socialismo, y una lucha por el manejo de la interpretación y la voluntad que a la vez se da entre los socialistas y entre éstos y sus enemigos de clase, con su proyecto de clase-que-quiere-preservarse-en-el poder por todos los medios. Que el enemigo aproveche las discusiones internas no es sin embargo buen argumento para acallar éstas, sino para distinguirlas.